



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Manrique O., Carlos Andrés
Las grandes urbes y la vida del espíritu
Revista de Estudios Sociales, núm. 11, febrero, 2002
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501117>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LAS GRANDES URBES Y LA VIDA DEL ESPÍRITU

Georg Simmel en El Individuo y la libertad (Ensayos de Crítica de la Cultural Barcelona, Ediciones Península, 1986

Carlos Andrés Manrique O.**

Sondeando el Alma Humana en las Grandes Ciudades

Hace más o menos cien años el profesor de la Universidad de Berlín Georg Simmel, escribía y publicaba este ensayo sobre el impacto que tiene el fenómeno de las grandes ciudades en la vida interior de sus habitantes. Este era uno más de las decenas de escritos que Simmel publicaba año tras año, escritos que en su forma variaban desde poemas hasta obras de medio millar de páginas como su Filosofía del Dinero, pasando por reseñas y ensayos, y que en su alcance temático abarcaban campos tan disímiles como la historia de la filosofía, la estética, la religión, y la naciente y en gran parte inspirada por él, sociología. También abarcaba temas referentes a una disciplina más general que podríamos denominar crítica de la cultura en la que se circunscribe el ensayo que ahora nos ocupa.

Esta amplitud y envergadura de la perspectiva intelectual de Simmel se manifiesta notablemente en este ensayo en el que se entrecruzan y funden

observaciones psicológicas, económicas, sociológicas y filosóficas dirigidas a comprender la peculiar situación existencial del individuo humano en el contexto de las metrópolis. En este sentido, vale la pena comenzar por lo que el mismo Simmel nos dice allí acerca de la intención y dirección de sus reflexiones.

Tal intención y dirección se puede sintetizar en una idea orientadora, una idea acerca de cómo quiere proceder en el análisis de su objeto de estudio y hacia dónde quiere dirigir la mirada, y que Simmel expresa con las siguientes palabras: "(...) desde cada punto en la superficie de la existencia, por mucho que parezca crecer sólo en y a partir de ésta, cabe enviar una sonda hacia la profundidad del alma"¹. Siguiendo esta idea, un fenómeno tan especial del desarrollo socio-cultural de la época moderna como es el de la formación de las grandes metrópolis ha de tener resonancias cruciales y determinantes en la constitución interna de las personas allí inmersas, en el estado de su alma, en su manera de experimentar la vida. A Simmel le interesa examinar ciertas características externas de la dinámica de las grandes urbes, pero no para comprender el fenómeno en sí mismo como producto socio-cultural, sino para penetrar desde allí en lo que sucede dentro de las personas cuyas vidas transcurren y se desenvuelven en esta dinámica. El objetivo es comprender mejor la situación existencial del individuo humano partiendo de las particulares condiciones que lo circundan. Esto

implica la suposición de que lo primero está esencialmente vinculado a lo segundo, aunque, y esto es importante tenerlo en cuenta, Simmel no esté pensando que el individuo humano sea un mero producto de las condiciones de su entorno y su medio ambiente socio-cultural. Esto se hace evidente cuando, una vez establecida la tarea, Simmel quiere llevarla a cabo teniendo como bitácora de viaje una intuición central: el problema de la vida del hombre en el contexto de la sociedad moderna consiste en su lucha por defender y mantener vivo aquello que le es más íntimo y más propio en su interioridad, frente a una avalancha de fuerzas externas suprapersonales - sociales, culturales y económicas- que tienden a imponerle las condiciones de su vida y a aniquilar su autonomía: "los más profundos problemas de la vida moderna manan de la pretensión del individuo de conservar la autonomía y peculiaridad de su existencia frente a la prepotencia de la sociedad (...)"². Con esta intuición central el problema se transforma, entonces, en cómo el fenómeno de las grandes metrópolis amenaza con sacar al individuo humano de su propio centro, cómo impide la plena realización de sus impulsos y motivaciones más hondas, o, por el contrario, cómo la posibilita o

El diagnóstico de Simmel termina siendo paradójico, casi en el mismo sentido en que es paradójico aquel trajinado verso de Hölderlin que afirma "allí donde crece el peligro crece también la salvación". El peligro,

Traducción y prólogo de Salvador Mas. **
Filósofo, Universidad de los Andes.

1 Georg Simmel, "Las grandes urbes en la vida del espíritu" en *El individuo y la libertad (Ensayos de Crítica de la cultura)*, Barcelona, Ediciones Península, 1986, pág. 251. 22 *Ibíd.*, op.cit., pág. 247.

Simmel empieza a develarlo, fiel a su idea orientadora, partiendo desde la superficie más visible de la vida en las grandes ciudades, que es el flujo de impulsos sensoriales al que se encuentra allí sometido el ser humano. Este flujo, por ser vertiginosamente rápido y cambiante produce, en principio, lo que Simmel llama "el acrecentamiento de la vida nerviosa".

Estamos apenas en la superficie, en el impacto fisiológico que tiene sobre la persona humana un abigarrado conglomerado de estimulaciones sensoriales fugaces que se suceden una tras otra en incesante cambio. Pero vamos sumergiendo la sonda y pronto este impacto fisiológico se traduce en reacciones psicológicas. Frente a esta sobre - estimulación sensorial que tiende a fatigar y absorber su conciencia y su energía vital, el habitante de la gran urbe genera mecanismos de defensa para no fragmentarse anímica y psíquicamente. El principal de estos mecanismos es el de convertir su racionalidad, su inteligencia, en el instrumento predominante de su relación con el entorno. A diferencia de la vida rural donde las relaciones tanto con las cosas como con los hombres son fundamentalmente afectivas y sentimentales, el habitante de la gran ciudad aborda los contenidos vitales circundantes a partir de su cada vez más desarrollada racionalidad calculadora. Esta insensibilidad o indolencia frente a las cosas y frente a los demás se vuelve el rasgo más predominante de su carácter. El ser humano se termina relacionando con las cosas y con las personas en tanto

son entidades abstractas que se vuelven objetos de cálculo: "Todas las relaciones anímicas entre personas se fundamentan en su individualidad mientras que las relaciones conforme a la racionalidad calculan con los hombres como con números"³. Todo este diagnóstico lo enriquece Simmel con sugestivas relaciones que arrojan luz sobre él a partir de fenómenos como el de la economía monetaria y la división del trabajo, relaciones que no podemos consignar aquí por cuestiones de espacio.

Me interesa resaltar, sobre todo, cómo a partir de este binomio de insensibilidad/racionalidad que distingue la manera como el habitante de la gran ciudad experimenta la vida y se relaciona con su entorno, la sonda de Simmel llega finalmente a tocar la profundidad del alma humana. En esta constitución interna se tienden a suprimir y aniquilar todos aquellos impulsos irracionales, instintivos, anímicos que, moviéndose en el fondo de la persona humana buscan determinar el rumbo de su existencia, en lugar de recibirlo impuesto desde afuera como una entidad fija predeterminada. En las condiciones de vida de la gran ciudad tienden a debilitarse en grado sumo las motivaciones más personales y propias del individuo, sus deseos más hondos y arraigados. El fundamento de su manera de existir, dice Simmel, "se traslada al órgano psíquico menos perceptible, distante al máximo de la profundidad de la personalidad"⁴, órgano que es el entendimiento lógico. La vida del citadino se fundamenta, podríamos decir, en lo más lejano de su

propio centro vital. Su existencia se "desmorona inevitablemente en un sentimiento de desvalorización"⁵. Pero decíamos hace un momento, que lo paradójico de este diagnóstico es que "allí donde crece el peligro crece también la salvación". Miradas las cosas desde otro ángulo, las condiciones de vida de la gran ciudad son el terreno más propicio para desarrollar con libertad aquellas motivaciones más hondas y auténticas de nuestro propio ser. Ese mismo malestar de la indolencia y la apatía que caracteriza el modo de ser del citadino, hace que la gran urbe sea el modo de organización que más libertad de movimiento le permite al ser humano para expresar y manifestar lo que late en el fondo más íntimo de su individualidad. Esto, en virtud de una ley de las interacciones sociales que Simmel formula más o menos así: entre más pequeño sea un grupo social cualquiera, los vínculos de cohesión entre sus miembros van a ser mucho más sólidos y cohesionados, lo que hace que la libertad de movimiento y autonomía de sus miembros sea muy estrecha. La identidad grupal prevalece sobre la identidad individual. A medida que el grupo se ensancha estos vínculos se van debilitando y tendiendo a desaparecer, lo que ensancha el campo de acción y movimiento de los individuos. La indolencia, la mutua antipatía encubierta de indiferencia que caracteriza la relación que el urbanita establece con los demás es un signo inequívoco del máximo desvanecimiento de los vínculos y lazos grupales. A la vez que soledad, desarraigo y desamparo, este desvanecimiento es el terreno propicio

3 Ibíd., op.cit., pág. 249.

4 Ibíd., op.cit., pág. 248.

5 Ibíd., op.cit., pág. 253.

para el desarrollo y la expresión de sus motivaciones e impulsos más propios, de su identidad individual, desarrollo que en agrupaciones pequeñas y altamente cohesionadas se ve impedido por el predominio de los parámetros colectivos.

De modo que junto a esa especie de malestar inevitable que generan las grandes ciudades en la constitución interna del ser humano, malestar sin el cual le sería imposible sobrellevar la dinámica de la vida urbana, son ellas también una especial posibilidad. liberadora de la

más profunda individualidad. Pero es precisamente por el avasallamiento del "espíritu objetivo" (cultura externa materializada en construcciones e instituciones de toda índole, progreso material) sobre el "espíritu subjetivo" (la interioridad del individuo), es precisamente por esta amenaza que se manifiesta de manera paradigmática, en el fenómeno de la gran ciudad, que la necesidad de resistencia y autoafirmación de lo más propio y lo más personal se vuelve imperiosa. Ésta es, digámoslo así, la dosis optimista del diagnóstico de Simmel. Pero no deja de aparecer una pregunta: ¿de dónde sacará las fuerzas el ser humano, en medio del desasosiego generado por las

condiciones vitales externas, para defender aquello que le es más valioso en el interior dé su personalidad y no caer en la inercia de la indiferencia y el hastío? ¿no es ésta posibilidad únicamente accesible para aquellos "grandes espíritus", para aquellas "grandes personalidades" entre las cuales sin duda se encontraría Simmel, que a toda costa defienden el tesoro de su vitalidad, de su deseo más hondo, frente a las amenazas del medio ambiente externo? Preguntas éstas cuya actualidad me consuelan a mí un poco de haber reseñado un texto escrito y publicado hace más o menos cien años, cuando en las revistas se busca que las reseñas sean más bien sobre las últimas novedades, no importa si en unos pocos días éstas ya envejecen.